

riencias y de luchas sostenidas en común por la libertad y por la independencia...

LUIS E. HEYSEN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

## BOLIVAR DESDE ESPAÑA

**L**A colección de vidas noveladas que en Madrid publica Espasa-Calpe se ha visto aumentada con un nuevo volumen, el dedicado a Bolívar por el escritor vascongado José María Salaverría. Y también con esta nueva publicación se ha ampliado el objetivo de la colección que si en un principio fué de vidas españolas del siglo XIX, con la entrada de Bolívar, da cabida a las vidas de personajes americanos.

Creemos, después de la lectura de este Libertador visto por Salaverría, que si los escritores españoles son los llamados a fijar los caracteres de los americanos ilustres, el experimento será curioso, poco halagador para los nativos de América, pero repleto de enseñanzas de diverso género.

El mayor interés del libro de Salaverría reside en la circunstancia precisa anotada: el que sea la visión de un español, dos veces español por ser vascongado, sobre un personaje que encarna la más fuerte y más pura gloria americana. Y de esta experiencia tenemos un resultado único: una figura de Bolívar que se parece poco, muy poco, a la que se conoce en América.

Proviene esta característica de que se han juntado dos extremos opuestos. Durante muchos años en América la admiración por Bolívar y su obra ha quitado el reposo necesario para el estudio detenido de su personalidad. Pero hoy en día no podemos argumentar en esta forma, pues el personaje del Libertador ha sido agotado por escritores de todas categorías que se han consagrado, con benedictina tozudez, a desentrañar los misterios más recónditos de su vida y a poner de relieve toda su obra en la magnífica ejemplaridad de su grandeza. El mito bolivariano ya no nos coge de sorpresa y «el señorito Simón» que decían las niñas de Caracas de 1812, ha entrado de lleno a la inmortalidad de gloria que le corresponde con todas sus pasiones y sus virtudes, y —no sería honrado negarlo— con todos sus defectos. Hombre al fin, no puede juzgársele sino como fué: un grande hombre,

lo más grande que hemos tenido en América desde el descubrimiento.

Es comprensible que en España los excesos del culto bolivariano hayan parecido, en más de alguna ocasión, como un americanismo más, a unir a los muchos pintorescos arranques a que nuestras naciones de Sud-América tienen acostumbrados a los peninsulares, pero no es menos cierto que si la actitud de un Blanco-Fombona por ejemplo, convirtiendo en saldo al haber en su cuenta bancaria toda la gloria del Libertador, bajo pretexto de una admiración idolátrica, nos nos favorece mucho, en cambio, la decisión de todos los americanos que han estudiado serenamente la personalidad de Bolívar, en especial de los muchachos que llegan a Madrid desde América, con la imagen de Bolívar como un símbolo de su único sueño: la unión americana y que con este símbolo fundan la revista de su nombre, debía haber infundido en el escritor español que tratara el tema un deseo de acercamiento más efectivo, más íntimo a la personalidad que iba a estudiar, y más que todo un intento de ampliación de criterio frente al problema de la libertad de América; que se imponía como imprescindible. Sin embargo, desgraciadamente, ninguna de las calidades señaladas encontramos en la obra recientemente aparecida del escritor vascongado.

No pretendemos con esto que Salaverría se hubiera visto en la necesidad de darnos otra versión más del Bolívar de uso corriente en nuestras repúblicas tropicales. Un semidiós engrandecido por todas las virtudes y los merecimientos humanos y carente de todas las pequeñeces inevitables del espíritu. No. Pero si de un tema de la magnitud de la figura del Libertador se trataba, honrado parecía exigir a quien se acercara a él, por lo menos una pequeña dosis de comprensión. Y esta es precisamente la que falta en el libro de Salaverría. La figura, el alma de Bolívar se le han escapado entre los papeles consultados, entre los libros leídos, entre la documentación compulsada, y en ninguna página hay el menor indicio de que siquiera por un minuto el escritor español haya comprendido la esencia de la figura de Bolívar. Nos basamos para hacer esta afirmación en el espíritu, la impresión misma que deja la obra en la cual el escritor peninsular nos da un Bolívar como nos pudo dar un Baroja en sus *Retratos*. Es decir, una semblanza en que los tonos oscuros, los defectos mezquinos, los vicios pequeños, están cargados con una intensidad maligna. Pero, en cambio, el lado luminoso del alma del Libertador, toda aquella inmensa cantidad de arcilla humana de las más pura nobleza, fardo altísimo que constituye su pedestal de gloria y su defensa ante la inmortalidad, han sido

tratados de soslayo, con un poco de resentimiento y en ocasiones, es triste constatarlo en Salaverría, con un poco de ironía. ¡No, tal procedimiento es inaceptable, la ironía no cuaja con Bolívar ni con su obra! Quédese para quienes transcurren la vida en un perpetuo gesto de destructora negación frente a los personajes y a los acontecimientos, que para Bolívar lo que hizo lo salva de toda apreciación. Lo que después de muerto ha hecho y continúa haciendo, es la propina americana generosamente donada a la incompreensión peninsular.

Es cierto que los límites del trabajo efectuado por Salaverría no le han permitido bosquejar un estudio más acabado de la figura que es tema de su libro. Pero dentro de estos límites pequeños (237 páginas), ¡qué pequeño se ve también al Libertador!

Ha pintado Salaverría de mano maestra el ambiente existente en la época del nacimiento de Bolívar en la «gentil Caracas», y sus primeros años de vida están reseñados con ligereza y con ciertos atisbos de penetración psicológica, que forman a nuestro juicio las mejores páginas del libro. Y se comprende. El héroe en sus primeros años se mueve en un mundo frívolo, elegante y estúpido. Viaja continuamente por Europa, y en el primer viaje suspira apasionadamente tomado de la mano de la novia en el Retiro o en la Moncloa, como un hortera vulgar, o sirve de discreto celestino para encubrir los amores, bien poco encubiertos, de su íntimo amigo Manuel Mallo, guardia de corps en la escolta real, con María Luisa, la reina española, esposa de Carlos IV, italiana de nacimiento, y generosa hasta la prodigalidad de los favores de su lecho real. Pero si Salaverría comprende a la perfección este mundo europeo, por ser tierra de su nacimiento y de su afectividad, y las evocaciones de la época están marcadas con un languideciente estilo poético, no por eso deja de perdonar al Libertador, los aspectos negativos, que presenta aclarados y definitivos. Se habla de la familia y de la raza noble del Libertador, y después de presentarla, fijarla en sus individualidades más acentuadas nos encontramos con que

en fin, nuestro Simón Bolívar tiene su correspondiente ligera porción de sangre teñida en sus venas. Esto le hace ser un americano perfecto y virtual.

¡Es el negrito de chocolate del cuento! Es americano perfecto y virtual porque tiene sangre oscura en sus arterias, y aunque no lo dice porque no es necesario, no es extraño entonces que en su vida se nos presenten con una sonrisa muy gentil y muy despectiva todos los rasgos de Bolívar en que toma su venganza el ancestro indiano que Salaverría ha afirmado rotundamente.

Fuera de que la afirmación, históricamente considerada, no nos merece entera fe ya que Carbonell y otros historiadores bolivianos la han negado con acopio documental, no creemos, si fuera efectiva, que tenga la suficiente importancia para señalarla y menos que en modo alguno, sea el distintivo americanista «perfecto y virtual» del Libertador.

Y sigue la persona de Bolívar:

Tiene su vanidad siempre a punto (Pág. 47). ¡Desde entonces el demonio de la vanidad ha hecho presa en él y no lo dejará libre (Pág. 59),

y sigue la cantilena. Sin duda alguna, era vanidoso el Libertador, pero se encontraba poseído de una vanidad especialísima: la vanidad de su gloria, la vanidad de la misión que se sentía impelido a cumplir, y para ello el amor propio de su capacidad le indicaba que en su patria era el único que podría llevar a feliz término la empresa de darle libertad. Es claro que esta vanidad se manifestó en su vida mundana; que como todo hombre gustó de ser admirado y remirado especialmente por el bello sexo, y que para obtener estos fines no hubo medio que no empleara, todos conducentes al mismo objetivo y todos refundibles en uno sólo: derrochar alegremente el cuantioso patrimonio heredado, a trueque de encontrarse siempre en el comentario elegante de la gente a la moda. Y en el París elegante, enriquecido y rastacuero del apogeo napoleónico, Simón Bolívar dictaba, nuevo Brummel, modas efímeras y era considerado como el más consumado ejemplar del señorito juerguista, espectacular, teatral y bullanguero.

Pero acaso tales afirmaciones no tengan mayor importancia. Sigue detallándose la obra de Bolívar y hemos de entrar a la acción plena del Libertador. A mediados de 1812 ocurre la conspiración de La Guayra, tramada por el comandante de la plaza, el coronel Manuel María de Las Casas. Como resultado de esta conspiración, se produce la prisión de Miranda, el precursor de la independencia americana. Y este acontecimiento, el más doloroso y más negro de la historia de Bolívar, ha sido estudiado detenidamente, de tal modo que hoy en día no puede ni siquiera echarse sobre Bolívar la más leve sombra de una traición que diera como resultado la prisión de Miranda, especie que durante muchos años han corrido hasta la saciedad los detractores del Libertador. Mancini, el historiador de la primera época bolivariana, ha desentrañado con profusión de documentos el embrollo formado alrededor de la prisión de Miranda, y la propia exposición de Monteverde al Subsecretario de Estado de España y el estu-

dio que de la conspiración hace Gil Fortoul, en su *Historia Constitucional*, han dejado demostrado que en la actualidad no puede seguirse echando sobre Bolívar la sombra de esa traición. En su obra tan conocida, *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*, Julio Mancini (Págs. 390-397), ha deslindado claramente la actuación de Bolívar en la desdichada conspiración de La Guayra, y puede afirmarse que no fué acto del Libertador la entrega de Miranda a los enemigos. Muy por el contrario, aunque Bolívar tomó parte activa en las conversaciones e intrigas que dieron como resultado la prisión, intimada por el propio Bolívar, del desgraciado Miranda, debe tomarse en cuenta que ése, convencido por medio del sutil trabajo de Las Casas, de la culpabilidad de Miranda, fué inflexible en pedir el fusilamiento para el precursor. Esta actitud, tratándose de Miranda, está lejos de ser excusable para Bolívar, pero es muy distinta a hacerle cargar la culpa de la felonía de haberlo entregado a los propios enemigos, como tanto se ha repetido, y como se encarga de insinuarlo muy claramente el propio Salaverría. «¿Le han dado la libertad a cambio de una traición?» No, señor Salaverría; Ud. bien sabe que no. Se le dió la libertad por las influencias ejercidas por don Francisco de Iturbe, español, amigo de Monteverde y de Bolívar, y que defendió a este último según sus propias palabras, «con toda la honrada firmeza del español íntegro» (pág. 93). Bolívar, por más que Salaverría quiera hacerlo suponer, no tenía pasta de traidor. Cometió, hombre al fin, muchos actos deleznable en su vida; tuvo siempre sus pasiones excitadas al rojo blanco en sus amores y en sus odios, pero no cabía en su alma la abyección de espíritu que supone una traición, como la que pretenden echarle encima, fríamente, calculada y despaciosamente hecha.

Entonces en vez de adoptar una actitud de espartano que declina sus pasiones personales ante la llegada del enemigo común y se sacrifica y muere por la patria, procede como un condottiero de la Italia del cuatrocientos. En efecto, abandona su ejército, sale al mar y busca asilo en la isla de Jamaica. (Pág. 126.)

¿Se tratará de algún bandolero que escapa a la acción de la justicia? No creáis nada de eso. Se trata de Bolívar, a quien Salaverría no atenúa ninguna debilidad, ni disculpa ningún extravío. La actitud de Bolívar en la ocasión reseñada estamos lejos de disculparla, pero no se trata de una huida de condottiero cobarde. Hay otros hechos que es necesario delimitar. Por un lado el general Castillo, neo-granadino, se había sublevado contra la autoridad de Bolívar, y por otro lado, se acercaba Morillo, general español, con todas las poderosas fuerzas traídas

de la península, contra las cuales el pequeñísimo ejército de Bolívar (1,800 hombres), no habría podido oponer una resistencia seria. A Castillo no se le podía dominar con rapidez, y Morri- llo con rapidez podía aniquilarlo y aprisionarlo. Tal es la situación de Bolívar. Entonces, la escapatoria a Jamaica, no sin haber agotado todos los medios de avenimiento con su insurrec- to subordinado. Por eso en la alocución que dirige a sus com- pañeros de armas al despedirse, afirma el Libertador:

La salvación del ejército me ha impuesto esta medida; no he vacilado. Vuestra existencia y la mía eran aquí incompatibles.

Por este motivo, Bolívar ha preferido la desmedrada actitud que significa poner mar por medio, ante el avance de fuerzas enemigas. Si no lo hubiera hecho, quién sabe si su destino se hubiera tronchado y su obra posterior hubiera quedado sin rea- lizar. Ante esa posibilidad, puede explicarse, ya que no justifi- carse, la actitud de Bolívar en esta ocasión, aunque al displicente escritor vasco, le parezca sólo una arrancada de un «condottiero del cuatrocientos».

Y después Salaverría relata con una insistencia lindante con la minuciosidad la vida aporreada, vejada, humillada del Liberta- dor en Jamaica. ¡Esta es la revancha! ¡Qué gozo en los períodos que describen la miseria de este soñador incomparable!

Arruinado como hacendado, como político, como militar, como libertador de pueblos. Y sin un duro en el bolsillo.

¡Ah, por fin cayó el osado combatiente del poderío español! La dueña de la casa en que se alberga, lo despide

como cualquier patrona hace con el último de los estudiantes morosos. No podía llegar a menos el hombre que había gozado en Caracas de los ostentosos títulos de Dictador y Libertador. (Pág. 136.)

¿Para qué seguir? Si no hay cariño a la figura estudiada, ¿qué se saca con relatar hechos, de los que siempre se muestra el lado peor, el aspecto negativo? A pesar de que

en la vida de Bolívar, sobre todo en sus años de tentativas y de preparación, hay bastantes puntos oscuros que sus más celosos panegiristas no acertarán nunca a justificar (pág. 146),

hay un Continente entero que le debe su independencia y liber- tad a él; hay muchos millones de hombres que pronuncian su nombre con reverencia; y en el hecho indiscutible, puede afir-

marse que ejecutó una acción que lo pone encima de panegiristas y detractores. No necesita ni de los unos ni de los otros.

Pero también tuvo Bolívar, a pesar del propio Salaverría, días de gloria, sin discusión; años de culminante poderío, y entonces el procedimiento varía. Se pasa muy a la ligera, a veces sólo citándolas, por las acciones heroicas del Libertador, y en cambio se escriben no pocas páginas destinadas a convencernos de que al Libertador le gustaba el sabor a los aplausos y a las exteriorizaciones oficiales de la pompa, de manera enfermiza. Y no hay una actitud sin una explicación mezquina. Fusila a Piar, por «celos» (pág. 151); su ejército sólo está compuesto por mercenarios extranjeros (pág. 155); obtiene una victoria por la tenacidad y buen orden con que combate la legión británica (pág. 172); le escribe al rey de España cartas absurdas (pág. 184), y así continúa la interpretación del Libertador que nos llega de España.

Es curioso el efecto que produce en quien ha estudiado la figura de Bolívar. A pesar del empeño de Salaverría en disminuir al «señorito currutaco y voluntarioso», de Caracas, éste sale engrandecido, y situándola justicieramente en el panorama de la historia americana, su figura domina con soltura y con amplitud a todas las otras del mismo Continente. Y esto es de fácil comprobación, si se considera en la actualidad el valor simbólico que ha adquirido el hombre Bolívar, pues luego de conocer con exactitud el desarrollo de su gesta heroica, después de investigar su vida y escudriñar su actitud ante sus contemporáneos, después de conmovernos ante su desgracia y abatimiento, ante su caída en majestad gloriosa, que constituyen sus últimos años y su muerte, nos interesa hoy en día mucho más aquello que Salaverría no ha visto, o no ha querido o no ha podido ver: el valor simbólico de su figura; la encarnación de un sentir continental consagrado en un ademán de unión ante los extraños y de fiera independencia ante todos.

Es natural que a Salaverría, español y vasco, le llegue hasta lo íntimo la actitud de este «señorito Simón», que le arrebató a su patria un continente. Es esa la impresión que deja el libro. Parece el dueño de una vasta posesión campestre, a quien un Administrador, excesivamente inteligente, por manejos de todo orden, le ha arrebatado una parte importante de aquella. Retirado en la ciudad y apartado hasta el recuerdo de sus días de poderoso, llega a sus oídos el rumor de gloria que circunda la frente de su Administrador de otrora, y se impone de sus actividades, estudia su vida, sigue paso a paso sus acciones y su influencia en todas las actividades que ha desarrollado, y rendido

ante la evidencia, al fin, de la personalidad superior de su antiguo dependiente, se ve obligado a confesar: «Inteligente el muchacho, vale mucho, ha llegado, pero... era un sinvergüenza, a mí me quitó toda mi hacienda.» Sin fijarse acaso el antiguo propietario en que la hacienda pasó a otras manos cuando él era incapaz de mantenerla, y precisamente por eso.

Y es tanto más sensible que esta aportación al estudio de la figura de Bolívar que nos envía la Península haya sido inspirada en un espíritu poco simpático para el Libertador, cuanto que esperábamos una labor óptima de un escritor de la talla de Salaverría. Su prestigio y su reputación no pueden discutirse en la literatura actual de España, y su espíritu artístico es uno de los más sutilmente refinados. Es este espíritu el que ha salvado en parte su última obra, que ha sido escrita con el lujo de un lenguaje bellísimo. El estilo cuidado, la composición buscada en cierta impersonal levedad de indiferencia, son cualidades literarias que hacen tolerable la lectura del libro. Y muestra y cristalización de estas cualidades, es el giro poético de la frase, la evocación sentida de épocas que se han ido, obtenida por Salaverría en páginas muy bellas. *La gentil Caracas, El niño prócer* y todos aquellos trozos en que, sin tratar de estudiar el espíritu del biografiado, estudia o evoca un cuadro de costumbres pintorescas, una impresión sutil y desvanecida de un fugaz momento psicológico, son de un valor artístico de primer orden. La llegada de Bolívar a España, en su primer viaje, cuando todo parece concluído, es una de sus mejores páginas:

Al recordar la tropical exuberancia de América, como de un mundo que ha salido recientemente de las mismas manos de su Creador, la presencia de Europa le produce una impresión extraña. Todo parece estar hecho y acabado hace mucho tiempo. Parece que el Creador ya no tiene parte en la obra, y que ésta se halla completamente en poder de los hombres. El mismo cielo se diría que ha envejecido un poco. La luz es más tenue, más tibia, más delicada. (Pág. 41.)

Cuando leemos esas líneas, nos olvidamos de la fundamental incomprensión de Bolívar que a través de toda la obra demuestra Salaverría. Y no queremos atribuir más que una causalidad estética al fundamento de esta incomprensión. Para no pensar mal un minuto del distinguido escritor español, crearemos que su indiferencia para apreciar la figura de Bolívar proviene de su temperamento frío, realista, loyolano. Que indudablemente está muy lejos de ese gran señor del romanticismo guerrero, político y glorioso, dueño de un alma atormentada y magnífica, que fué Bolívar.—A B E L V A L D É S A.